

busco. Entonces, juzgado por un consejo de guerra norteamericano, fué condenado á recibir, como recibió estando aun herido, 159 azotes sobre las espaldas, y en seguida se le pusieron con un hierro candente dos marcas en el rostro que tenian una *D*, para indicar que habia sido desertor. Hecha la paz entre Méjico y los Estados Unidos, Reely fué puesto en libertad, y volvió á tomar el mando de la fuerza de San Patricio, hasta que acusado justa ó injustamente de conspirar contra el Gobierno, fué reducido á prision.

1848. Las compañías de San Patricio, por los buenos servicios que habian prestado durante la guerra á la causa mejicana, eran altamente consideradas por el Gobierno. Situadas en la villa de Guadalupe para mantener el órden, no habian dado hasta entonces ningun motivo de queja: habian sentido, sí, que hubiesen puesto preso á su comandante Reely; pero esperaban que, averiguada la verdad, volveria á mandarles. Nada parecia, por lo mismo, que debia temerse de unos soldados que habian sido modelo de subordinacion hasta entonces. Pero como el mal ejemplo es contagioso, pronto se inocularon con el virus de la indisciplina, y el dia 25 dieron el primer escándalo de insubordinacion. Como á las cuatro de la tarde del expresado dia llegaron al cuartel en que estaban las expresadas compañías de San Patricio, los subtenientes de las mismas, Peel y Melony, esparciendo noticias alarmantes. «Se ha mandado», exclamaban con exaltados gritos, «fusilar al comandante Reely; muchos soldados de San Patricio han sido asesinados; se tiene dispuesto enviar á un ponton á todos los oficiales extranjeros y

»desarmar al batallon dentro de media hora». La tropa de San Patricio al escuchar aquellas alarmantes palabras, se llenó de indignacion y furor, y tomando las armas intentó salir á la plaza. El coronel mejicano D. José María Calderon, con el fin de evitar que salieran, se colocó en la puerta del cuartel, acompañado de un sargento irlandés. Los soldados de San Patricio, al ver al jefe superior colocado en la puerta, vacilaron algunos instantes; pero alentados de nuevo por los oficiales azuzadores, hirieron al sargento que acompañaba al coronel Calderon, y se formaron en la plaza. Viendo el coronel Calderon que el movimiento no era político, sino originado por una falsa noticia alarmante, se acercó á ellos y les aseguró que los subtenientes Peel y Melony mentian, porque nadie atentaba contra la vida de los soldados de San Patricio. Al escuchar estas palabras un sargento llamado Milord, abandonó á sus compañeros y se puso al lado del Sr. Calderon, manifestándose leal á éste, en tanto que varios soldados le apuntaron con sus armas. En esos momentos el subteniente Peel, dió la voz de marchen á la tropa, que obedeció en seguida.

El coronel D. José María Calderon, creyendo que pasado el primer momento conoceria la tropa su falta y volveria al órden, marchó tambien con ella, y á una legua de Guadalupe logró persuadir al sargento Vinet y á otros, de la falsedad de lo dicho por los subtenientes Peel y Melony. Convencidos al fin la mayor parte de los soldados de que nada se habia intentado contra sus vidas, abandonaron á los revoltosos y regresaron á Guadalupe. Solamente unos treinta y cinco hombres siguieron á los oficiales Peel y

Melony que les habian prometido saquear á Cuautitlan. El coronel Calderon al saber la intencion de los insubordinados, marchó á Tlalnepantla para dar aviso á las autoridades, y habiendo encontrado en el camino al comandante general, puso en su conocimiento la intencion que llevaban los treinta y cinco hombres que no habian querido volver al órden. En el momento salió una fuerza suficiente en su persecucion y muy pronto se les obligó á deponer las armas. El Gobierno, con el fin de evitar nuevos trastornos, disolvió las compañías de San Patriocio, dando á sus individuos sus licencias absolutas.

Así terminó aquel movimiento que, por un momento, fué á turbar la tranquilidad de la poblacion de Méjico que ignoraba si tenia ramificacion con alguno que se preparaba en la capital. Tranquilizados los espíritus al ver que solamente habia sido una insubordinación aislada, todos volvieron á ocuparse de la marcha de la revolucion de Paredes en Guanajuato.

Al mismo tiempo que la confianza se restablecia en las poblaciones próximas á la capital, el sobresalto se alejaba tambien de los habitantes de la isla del Cármen. El dia 25 de Junio, las tropas de los Estados Unidos, despues de entregar á las autoridades de Yucatan la referida isla que hasta entonces habian ocupado, se retiraron; pero dejando antes, á peticion de los habitantes, una guarnicion de 350 hombres que les defendiese de los indios bárbaros, en tanto que el Gobierno mejicano se hallaba en estado de enviarles gente y recursos. Así las cosas, volvamos al que entonces era punto objetivo y principal del presidente D. José Joaquín Herrera: á la revolucion de Paredes.

1848. Las tropas del Gobierno, á las órdenes del general en jefe D. Anastasio Bustamante, se reunian en Silao, para ir á sofocar la insurreccion de Guanajuato. El general Paredes, comprendiendo lo mucho que le importaba ganar la voluntad del general Bustamante, le mandó un enviado para hacerle diversas proposiciones. Pero el general Bustamante, sin admitir conferencia ninguna, protestó al emisario de los revolucionarios, que no se separaria una línea del literal tenor de la ordenanza, y que, por consiguiente, los principios de lealtad, serian la norma de su conducta. Despachado así el enviado, el general Paredes comprendió que nada debia esperar por la parte diplomática, y se preparó para recibir terriblemente á sus contrarios. El padre Jarauta que tenia, por su valor, gran prestigio en el populacho de Guanajuato, pudo armar á una gran parte de éste, que se prestó gustoso y voluntario á seguirle. Por su parte el general Bustamante, al ver reunidas en Silao las tropas de Cortazar, de Miñon y de Lombardini, salió el dia 2 de Julio con direccion á Guanajuato, y á las doce del 3, ya las avanzadas de la plaza de la última ciudad, cruzaron sus primeros tiros con las de las tropas del Gobierno. Por espacio de tres dias los sitiadores no emprendieron movimiento ninguno, y todo se redujo á ligeras escaramuzas en que llevaron la peor parte los soldados de Bustamante. El dia 8, muy de mañana, se emprendió ya un ataque serio sobre el cerro Tajado, fortificado por los de Paredes. La columna que atacó este punto fué la de Cortazar; pero encontrando una resistencia obstinada, se retiró despues de haber tenido bastantes muertos y heridos. El general Busta-

mante se presentó en aquellos momentos en el campo con el 3.º de línea, un cañon y un grupo de caballería, haciendo recobrar la moral á los rechazados, aunque sin emprender nuevo ataque por entonces. A las dos y media de la tarde del mismo dia, se escuchó en los puntos principales de los sublevados el toque de corneta, anunciando *enemigo al frente*. Pocos minutos despues se oyó un cañonazo disparado en el campo del Gallo, posicion que ocupaba una parte de las tropas de Paredes, y desde la cual se observaron los primeros movimientos de los sitiadores, cuyas fuerzas, ocultas entre las quebradas de las montañas, se dirigieron al Hormiguero, con intencion de tomar una altura en la falda del cerro de la Bufa. El populacho, entusiasmado por Jarauta, subió á fuerza de brazos y con una prontitud asombrosa un cañon á un punto dominante, desde el cual hicieron fuego sobre las tropas de Bustamante, obligando á éstas á tomar otra posicion. Al siguiente dia 9, la esperanza que los sublevados abrigan de que pasarian á sus filas algunos batallones de los sitiadores, tomó creces al pasarse del campo de Bustamante treinta y siete soldados del 3.º de línea con dos oficiales. Esto, agregado á un auxilio de fuerzas de Xichú, llegadas de Mellado y Valenciana que entraron en Guanajuato á las doce del mismo dia 9, infundió gran entusiasmo en las tropas de Paredes, que no dudaron ya del buen éxito de la empresa.

El general D. Anastasio Bustamante, resuelto á hacer rendir á los sublevados, hizo que sus tropas ocupasen la poblacion de Valenciana, posicion importante, y el dia 12 logró que se situasen allí, despues de una marcha penosa

y difícil por un camino que ofrecia grandes dificultades para el paso de la artillería. Los sublevados trataron de oponerse á la marcha de las fuerzas sitiadoras, hostilizándolas por los cerros llamados Tajado, el Gallo, Rocha y el de Gritería; pero á pesar de los esfuerzos que hicieron, no alcanzaron su objeto. En posesion ya de Valenciana y Mellado, fácil les era á los sitiadores empezar su ataque sobre la ciudad de Guanajuato. Aunque siguieron dándose acciones entre las fuerzas sublevadas y las del Gobierno, la importante fué la del dia 18 de Julio, en que por ambas partes se combatió con valor y tenacidad. Habiendo presentado el general D. José V. Miñon un plan de campaña para atacar los puntos principales defendidos por los revolucionarios, fué adoptado por el general en jefe D. Anastasio Bustamante. Dispuesto todo, se emprendió á las cuatro de la mañana un ataque general y simultáneo sobre los puntos principales de los sublevados, que lo eran el cerro San Miguel, San Cayetano, Rocha, el Gallo, cerro Tajado y Gritería. En éste se hallaba el padre Jarauta. El ataque fué terrible: el general Perez y su segundo, teniente coronel D. Vicente Rosas, á la cabeza de 500 hombres de zapadores, 7.º, 11, y nacionales de Silao, avanzaron sobre el cerro de San Miguel. Otra columna, á las órdenes del coronel D. José María Carrasco, y su segundo D. Leonardo Marquez, compuesta de 250 infantes y 50 dragones, se dirigió sobre el cerro de la Gritería defendido por Jarauta. El general Lombardini quedó encargado de la línea izquierda que formaban los puntos de Mellado, Rayas, Sirena, Meco y San Miguel, haciendo un fuego activo de cañon desde el Mellado sobre el cerro

del Cuarto. El general Cortazar mandaba la parte derecha de la línea, y la reserva D. José Vicente Miñon, segundo del general en jefe. Los sublevados recibieron á los asaltantes con denuedo, y la lucha fué desesperada. El padre Jarauta, cuyo valor rayaba en temeridad, animaba con su ejemplo á sus soldados. El coronel Carrasco, y segundo D. Leonardo Marquez, seguidos de sus subordinados, lejos de arredrarse por la furia con que eran recibidos, redoblaron sus esfuerzos, y al cabo de una tenaz resistencia, lograron apoderarse del punto tan heroicamente defendido. Algunos han asegurado que la toma del cerro de la Gritería fué debida á que con anticipacion se habia sobornado, por los sitiadores, á parte de la tropa que lo defendia. *La Dignidad*, periódico de Puebla, refiriéndose á una carta de persona veraz de Guanajuato, atribuia á igual motivo el triunfo obtenido. Pero ya fuese debida la ocupacion del punto á la fuerza ó al soborno, es lo cierto que los sublevados se vieron precisados á retirarse. El padre Jarauta que habia combatido hasta el último instante con temerario arrojo, fué hecho prisionero por el capitán D. Vicente Camacho, el sargento Domingo Celaya y otros que se arrojaron sobre él cuando aun se defendia. Como ignoraban quién fuese, tal vez le iban á dejar confundido entre los demás prisioneros, con lo cual, fácil le hubiera sido fugarse; pero habiéndole dado á conocer un soldado de los suyos, y preguntando si era cierto, contestó el padre:—«Sí, yo soy Jarauta».

1848. Puesto en parte segura, y tomados por las tropas del Gobierno los otros puntos atacados, el padre Jarauta fué conducido á Valenciana, donde estaba el ge-

neral en jefe D. Anastasio Bustamante. Este, en cumplimiento de las órdenes que tenia recibidas del ministro de la Guerra D. Mariano Arista, mandó que le pasasen por las armas, y tres horas despues, el padre Jarauta, el valiente guerrillero que habia hecho una guerra activa á los invasores, fué fusilado en Valenciana, despues de haber recibido con edificante fervor, todos los auxilios espirituales de la religion católica (1). A su cadáver se le hicieron, por orden del general Bustamante, los honores fúnebres que su clase merecia.

Muy sentida fué en Méjico la muerte del padre Jarauta. Estaba fresca entre sus habitantes la memoria de los recientes servicios que habia prestado á la causa nacional, combatiendo sin descanso contra los invasores que habian ofrecido un premio por su cabeza, y la gratitud abogaba en la mayoría de los mejicanos, por el perdon de aquel español que se habia identificado con ellos en el peligro de la patria. Al saber el trágico fin con que se le habia hecho desaparecer de la escena política, se miró aquel acto como un exceso de severidad de parte del ministro de la Guerra que podia haber templado el rigor del castigo con el destierro perpétuo á otro país. Acostum-

(1) «Se le fusiló», dice el Sr. Arrangoiz en su obra *Méjico desde 1808 hasta 1867*, «sin darle mas que media hora para disponerse á morir católicamente». El parte oficial enviado el 18 de Julio desde Valenciana, por el general en jefe al ministro de la Guerra D. Mariano Arista, de donde he tomado la noticia, dice: «En cumplimiento de las órdenes del supremo Gobierno, dicho cabecilla (Jarauta) ha sido pasado por las armas en este cuartel general, á las tres horas de su aprehension».

brada la nacion á presenciar continuamente sublevaciones á mano armada, sin que á los promovedores de ellas se les hubiera aplicado la pena de muerte; habiendo visto al mismo D. Mariano Arista, ministro de la Guerra, figurar en otras épocas como actor en algunas de las revoluciones, ya en 1828 levantando, con el general Santa-Anna, el estandarte de la rebelion contra la eleccion legal de presidente hecha en D. Manuel Gomez Pedraza, en favor del partido mas rojo, pidiendo la expulsion de los españoles; ya en 1833, proclamando «Religion y Fueros», para combatir contra el mismo partido rojo; acostumbrada la nacion, repito, á no mirar aplicada la pena de muerte á los reos de motin, creyó que no debía haber sido castigado con ella el hombre que tomó una parte activa en defensa de la integridad del territorio nacional. Una gran parte de la prensa, así de los Estados, como de la capital, disgustada con la orden de muerte, dictada por el ministro de la Guerra D. Mariano Arista contra el padre Jarauta, se expresó en términos vehementes, desaprobándola como injusta y arbitraria. *El Universal*, periódico que vió la luz pública cuatro meses despues de la escena referida, redactado por personas verdaderamente notables por su capacidad, instruccion y honradez, como Alaman, Aguilar, Diaz de Bonilla, Elguero, Tagle y otras de esta elevada talla en literatura, criticó la providencia dictada por el expresado ministro de la Guerra Arista, de una manera altamente dura. «El padre Jarauta», decia, «llevaba frescas las heridas que recibió en el pecho, que presentó con intrepidez á los invasores de la república; los que cobardemente le asesinaron no tenian

ningunas en su cuerpo, porque aun la espalda, que fué lo único que presentaron al enemigo, fué tan de lejos, que ni las balas pudieron alcanzar á tocarles. El padre Jarauta era un eclesiástico que debía estar sometido á ambos fueros, y sin embargo, fué condenado á muerte y ejecutado por una orden verbal de un jefe militar.» En estas palabras, dictadas por el sentimiento de gratitud hácia un hombre que habia combatido por la causa de la independencia de Méjico, se veia la terrible intencion de herir con una alusion ofensiva, al mismo ministro de la Guerra D. Mariano Arista, que habia mandado como general en jefe en las dos desgraciadas batallas de Palo Alto y la Resaca. Pero la alusion, aunque disimulable en aquellos momentos de efervescencia política, no iba en armonía con los hechos. Cierto es que el general D. Mariano Arista, por falta de pericia, perdió las dos batallas mencionadas; pero cierto es tambien que se portó con valor, presentándose en los puntos mas peligrosos.

1848. El historiador D. Francisco de Paula de Arrangoiz en su obra *Méjico desde 1808 hasta 1867*, al hablar de la sangrienta ejecucion que puso fin á la vida del valiente guerrillero Jarauta, le dedica las siguientes líneas, que revelan los humanitarios sentimientos del escritor: «Cualesquiera», dice, «que hubieran sido sus faltas políticas, se debió haber hecho gracia de la vida de un hombre que, sin ser mejicano, se habia portado tan honrosamente en la guerra contra los Estados Unidos.» Pero mientras una gran parte de la sociedad, como he dicho, calificaba de ingrato y desagradecido al Gobierno, presentando el fusilamiento del padre Jarauta como medida

innecesaria y sangrienta, otra, aunque no tan numerosa, así como algunos periódicos, se ocuparon en defender aquella orden, como único remedio eficaz para evitar nuevas sublevaciones. Lo que mas tarde dió lugar á que se confirmase que la orden de Arista para fusilar á Jarauta reconocia una prevencion contra él, fué el no haber corrido la misma suerte que aquel guerrillero, otros que figuraron en la revolucion. Entre los que poco despues cayeron en poder de las tropas del Gobierno, se encontraba el primer ayudante de Paredes, coronel Guisasola, jefe de importancia y de gran viso, que figuró notablemente en la sublevacion de Guanajuato. Pero el Sr. Guisasola fué indultado de la pena de muerte porque así lo pidió la Cámara, que votó por 49 votos contra 28. El Sr. Lacunza, que era presidente de la comision, sostuvo el dictámen de ésta, que era favorable al reo, en un brillante discurso que fué estrepitosamente aplaudido. Esta benignidad del Gobierno con todos, excepto con el padre Jarauta, fué criticada como parcial. El motivo que tuvo para obrar de diversa manera con uno que con los demás, no me detendré á investigar, y el lector podrá juzgar de él como le dicte su criterio. Yo he referido el hecho: sigamos ahora los acontecimientos de la guerra.

La noticia del fusilamiento del padre Jarauta desalentó á las tropas y al populacho de Guanajuato que defendian Granaditas y otros puntos de la ciudad que aun no habian sido atacados. El entusiasmo y la decision del padre Jarauta habian mantenido vivo el ardor bélico de la multitud, ardor que se apagó súbitamente con la muerte de aquel caudillo. El general en jefe del ejército sitiador

D. Anastasio Bustamante, llevado de sus humanitarios sentimientos y tratando de evitar mayores desgracias á la ciudad, dirigió al Ayuntamiento de Guanajuato una comunicacion, firmada por su secretario D. Manuel Gutierrez, diciéndole que influyese en lo que le fuese posible, y poniendo en juego todos los resortes que estaban á su alcance, para que la poblacion dejase su actitud hostil; y otra al general disidente D. Mariano Paredes y Arrillaga, intimándole á que se rindiese á discrecion. La contestacion de éste se redujo á decir que le animaban los mismos sentimientos que al general sitiador, respecto de economizar el derramamiento de sangre mejicana; pero que sin embargo le era imposible acceder á la intimacion, porque ella envolvia una prevencion que dejaba sin garantía su vida y la de los jefes que le acompañaban, y que además era altamente deshonoroso para el ejército de su mando. «Mis subordinados», concluia diciendo Paredes en su contestacion, «opinan de la misma manera, y están, como yo, resueltos á apurar los recursos para que la defensa sea cual corresponde á jefes que conocen su deber y que quieren á toda costa salvar el honor militar.» Esta contestacion hizo creer á todos los habitantes de Guanajuato y á las tropas sitiadoras, que la resistencia de la plaza seria heroica. Pero solo fué un ardid para ganar tiempo; y mientras el general Bustamante disponia la manera de atacar el dia siguiente, con la menor pérdida posible, la ciudad, el general Paredes y todos los jefes comprometidos, así como el abogado D. Manuel Doblado, á la vez que dictaban medidas de resistencia para hacer creer al soldado que estaban resueltos á defenderse, meditaban la manera

de abandonar la ciudad sin ser vistos, para ponerse en salvo. Con efecto, al amanecer del siguiente día 19 de Julio la plaza se encontraba sin los principales caudillos para defenderla. El general Paredes habia huido de la ciudad muy de madrugada acompañado de cuatro individuos mas, entre los cuales se hallaba Doblado. Pronto se divulgó la noticia de la desaparicion de los jefes revolucionarios, y dispuesta, en consecuencia, la entrega de la plaza, las tropas del Gobierno entraron pacíficamente en ella, sin que hubiese que lamentar desorden ni desgracia ninguna.

El general Bustamante, con el objeto de que los prófugos no encontrasen acogida en algun punto y provocasen nuevos conflictos, pasó una comunicacion á todos los gobernadores para que aprehendiesen al general Paredes y demás cabecillas do quiera que se refugiasen. En los momentos mismos en que las tropas del Gobierno tomaban por asalto el día 18 los cerros defendidos por los revolucionarios y caia prisionero el padre Jarauta, se pronunciaba la guarnicion del puerto de Mazatlan por el plan del general Paredes. A la cabeza del movimiento se puso D. Antonio Palacios Miranda. Su primer providencia fué reducir á prision, como adictos al Gobierno, al comandante de batallon D. Antonio Nieto, capitanes D. Miguel Lozada, D. Tomás Murfi, D. José Ignacio Maruri, y al teniente de artillería D. Antonio Armería, á quienes hizo salir desterrados, á las cuatro de la tarde, en la goleta *Carmelita*, para San Blas y el presidio de Mazatlan. Tambien despojó de su empleo al administrador de la aduana marítima, D. Miguel Lazo, poniendo en su lugar á una persona de su favor. Pero esta revolucion tuvo poca

vida. El general en jefe de la division de Occidente dispuso que se acercasen á la plaza las fuerzas suficientes para sofocar la sublevacion. Los rebeldes, viendo que el movimiento se quedaba aislado y sabedores del resultado que habia tenido el sitio de Guanajuato, perdieron enteramente la moral al tener noticia de que las tropas del Gobierno se aproximaban á batirles. No encontrando los principales jefes en aquel conflicto otra manera de salvarse que la fuga, salieron oculta y precipitadamente de la ciudad, la noche del 29 de Julio, D. Antonio Palacios Miranda y los mas comprometidos sin intentar la defensa. El cuerpo de sargentos, al saber la fuga de sus jefes, aprehendió á cuatro oficiales subalternos y levantó á las dos de la madrugada del 30 una acta poniéndose á disposicion del Gobierno general, terminando así la asonada menos prudente que pudiera imaginarse.

Al siguiente dia, el capitan del puerto y el contador de la aduana marítima D. Miguel Lazo, al frente de sesenta hombres de los matriculados, entraron en la ciudad, efectuándolo, poco despues, el general D. Juan Pablo Anaya, á quien el Gobierno confió el mando de aquel importante punto. Pero aunque vencida la asonada de Paredes, no por eso otros aspirantes al poder cesaban de conspirar en secreto para promover nuevos conflictos. La revolucion, semejante á la Hidra de Lerna, no bien se veia destruida en una parte, cuando aparecia renaciente en otra. En la capital de Méjico los aspirantes políticos se reunian en juntas secretas y trabajaban sin descanso por derrocar al Gobierno, en tanto que en la Huasteca continuaba la sublevacion de los indios. El país entero, esto